

de tan poco vano, que apenas entraba el aire al quitarlos y cuando ni cristal había, se tapaban como las gateras, con trapajos, para que no entrara el frío ni la luz.

En mi vida de Médico por todos estos contornos, me he dejado caer muchas veces sobre un serijo, abatido por el ambiente, junto a enfermos agonizantes que me traían el recuerdo del Alcázar de mi infancia, sin más diferencia que donde hubo una mariposa en una escuilla, con agua y aceite, ahora hay una bombilla de filamento opaco y cristal cubierto de moscas, bombilla que sirve para toda la casa y que entra

con el largo cordón por un agujero hecho en la parte alta del tabique, al borde del cual hay un clavo para colgarla. El enfermo yace sobre un camastro que ocupa el hueco de la escalera que sube al pajar, la cara lívida y sudorosa, la respiración anhelante. Sobre una silla, el vaso que se llevó a la botica con un agua, el papel que le pusieron, manchado y pegajoso y la cuchara de tomarlo, encima. Silencio y espera impaciente del último instante. El Médico se marcha, pero dentro, lleva lo que no olvidará fácilmente: el tragaluz por donde han de irse algunas almas al cielo.

Carta de vecindad

Fuera de lo que pudiera decir el padrón que, ¡cualquiera lo entendería!, alrededor de la casa donde nació, había muy buena gente y muy conocida, con nombres claros, sencillos, expresivos y demostrativos: el «Jacarero», el «Quintanareño», «Chicharras», el «Niño», el «Orejón», «Pinacho», el «Chirrin», «Banderas», el «Jaro Menda», «Binga», «Morire», «Caguín», «Virgencita», Justo el «Feo», «Catrado», «Pinete», «Facorrillo», el «Porrero», el «Jaro el Esmonterao», el «Cojo el Pio», «Galofia», «Mortal», «Dos Reales», «Cocina», «Corredera», «Sábana», «Petardo», «Boina», «Pajón», «Carnizo», «Borrego», «Seguidilla», «Picuco», «Caliche», el «Colaso», «Farelo», el «Dano», «Perná», el «Tábano», el «Birlao», el «Gaigo», el «Bolero», «Motato», el «Navero», «Recalco», «Prao», «Tinajillas», «Rengue», «Rompe», el «Cuco», «Jota», «Bocera», «Terciana», «Candialejos» y otros que formaban la verdadera carta de vecindad, la auténtica, dictada inapelablemente por apreciación general y ¡a ver quién la cambia!

Era "mu templao"

«Calalo» fué el guarda fiel de D. Joaquín, hombre de temple que no retrocedía ante nadie ni ante nada. Se dice que en «La Deseada» temblaban hasta los conejos cuando llegaba él y que se decían entre sí: ¡A las bocas, que viene «Calalo»!

Frecuentemente iba a Ciudad Real a juicios originados en la guardería y se volvía andando a «La Deseada», para guardar lo del billete, pues era muy económico. Sus ahorros los tenía, como D. Moisés, entre los zarzos de la cámara, y ya en los últimos años de su vida, se los mordisquearon los ratones.

Para ver un hijo que estaba en el servicio, fué en borrico a Barcelona y tardó mes y medio en ir y volver.

Uno de sus hijos, gozó de mucha fama para comer, recordándose algunos actos memorables, como el comerse el pan de la semana en un día, o tres brazas de longaniza y nueve libras de harina, hecha gachas.

Caída de su peso

Una noche de Pascua, salió «Pistaño» un poco alumbrado del baile y al llegar a su casa, se tendió en la banca sin quitarse ni la careta.

Por la mañana entró la María haciendo exclamaciones y diciendo: «¡pero, peineteta, si estás hasta con la caretal!».

José, sorprendido, exclamó echándose mano: «¡Así decía yo: cuánto sudo y qué rostriseca tengo la caretal!».